



RESEÑA DE *GENEALOGÍA DE LA LITERATURA. DE LOS ORÍGENES DE LA LITERATURA, CONSTRUCCIÓN HISTÓRICA Y CATEGORIAL, DESTRUCCIÓN POSMODERNA, DE LOS MATERIALES LITERARIOS*, JESÚS GONZÁLEZ MAESTRO, VIGO, EDITORIAL ACADEMIA DEL HISPANISMO, 2012

MARGARITA GARCÍA CANDEIRA
UNIVERSIDAD DE HUELVA

Este libro supone el tercero de una colección de ocho tomos en los que Jesús González Maestro, profesor de Teoría literaria en la Universidad de Vigo, realiza una “exposición general del Materialismo Filosófico como Teoría de la Literatura” (p. 17). Estamos ante un proyecto que trata de aplicar el pensamiento del filósofo Gustavo Bueno a la concepción y análisis del discurso literario, y cuyos fundamentos epistemológicos ya han animado otros acercamientos críticos suyos a autores como Rojas, Cervantes o Calderón, y a escuelas teóricas como la estética de la recepción o la deconstrucción. Este objetivo, sin duda ambicioso, se plasma mediante una tesis fundamental que sirve como eje argumentativo y estructural básico: la Literatura es un discurso racional y material y aparece como fruto de una progresiva desacralización de los relatos humanos, en un principio anclados en el mito y la magia. Para hacer frente a la objeción que surge inmediatamente, y que tiene que ver con la inexcusable impronta del irracionalismo en parte esencial de la literatura moderna, Maestro argumenta que incluso postulaciones como el inconsciente o el programa surrealista son en realidad productos sofisticadísimos de una razón que juega a suspenderse y ocultarse a sí misma: una razón que produce, por tanto, sus propios disfraces.

Este es el contenido elemental de la declaración de principios formulada en la introducción que abre el libro, y que precede a tres bloques de extensión y finalidades desiguales, donde se emplean argumentos y textos de diversa índole para justificarla. El primero de ellos, que ocupa casi seiscientas páginas y lleva por nombre “Génesis. Orígenes de la Literatura”, se subdivide, al igual que los siguientes, en tres secciones distintas de longitud asimismo variada. En el inicial, “El eje angular o el nacimiento de la Literatura”, el autor sitúa tal origen en el paso del mito al logos, que funda la “alianza con el racionalismo” en la que radica el “verdadero poder” del discurso literario (p. 40): este va superando otros discursos (el mítico, pero también el histórico, filosófico y económico) y los va incorporando como materiales y recursos propios. En “Definición de la Literatura. De cómo la Literatura queda seducida por el racionalismo crítico” se caracteriza el fenómeno literario con los siguientes rasgos: la condición “humana y racional”, el anclaje en lo lingüístico, el valor ficcional y estético y, por último, la inmersión en un contexto histórico, geográfico y político que condiciona las actuaciones de sus cuatro figuras fundamentales: autor, lector, obra e intérprete (p. 57). La racionalidad y la materialidad aparecen como elementos constitutivos de una ontología literaria que es básicamente inteligible; es decir, aproximable mediante una disciplina teórica científica. Esta perspectiva supone una refutación implícita y explícita de cualquier tipo de formalismo, creativo o crítico, que privilegie la condición autónoma y verbal del texto literario. El tercer apartado de este primer bloque merece atención detenida: con el igualmente significativo título de “Genealogía evolucionista del conocimiento literario. La Literatura como forma Poética suprema del Racionalismo humano”, el autor redonda en algunas de las cuestiones ya mencionadas y defiende el papel crucial de la razón en el avance literario.

En función de su asunción o no de este axioma principal, Maestro realiza una clasificación de la producción literaria histórica en cuatro modelos fundamentales de conocimiento, cuya denominación indica ya la evidente carga valorativa que sobre ellos se proyecta: el *primitivo y dogmático* (acrítico y pre-racional); el *crítico e indicativo* (crítico y racional); el *programático o imperativo* (racional pero acrítico) y, finalmente, el *sofisticado o reconstructivista* (crítico pero pre-racional). Al primer tipo pertenecen materiales míticos, relacionados con la religión o la magia, como el Corán, la Biblia o las Teodiceas que actúan, no obstante, como subtexto de formas literarias posteriores y

teóricamente más evolucionadas según la hipótesis teleológica del autor. Así, la obra de Blake se caracterizaría por un irracionalismo romántico que reformula la Biblia y acaba generando un discurso sofisticado o reconstructivo. El segundo tipo, el conocimiento literario “crítico e indicativo”, es sin duda el más ensalzado por constituir el vehículo dialéctico idóneo para el racionalismo antropológico propio del ser humano. Nace con la literatura homérica, que procura una desmitificación clave convirtiendo a los dioses en divinidades literarias, y prosigue en una línea escalonada que pasa por Dante, Chaucer, el *Lazarillo*, la *Celestina* y llega a Cervantes, uno de sus representantes fundamentales no sólo por su prosa (las *Novelas ejemplares* en especial) sino también por su obra dramática, que Maestro hermana con la de Shakespeare y Molière en un mismo afán antimetafísico. Esta senda sigue hasta el racionalismo ilustrado (Feijoo) y romántico (Larra) para llegar a un siglo XX que se presenta como “regresivo” frente a los hallazgos precedentes, con una “literatura que nos hace dudar de su propia capacidad crítica” (p. 278) tan sólo contrarrestada por algunas figuras aisladas.

El tercer tipo, “programático o imperativo”, es aquel construido sobre un uso adulterado del conocimiento racional, que inhibe su habilidad crítica y, en una derivación sofista, se pone al servicio de intereses de cualquier tipo (religiosos, políticos, ideológicos): aquí caben desde el *Arte nuevo* lopesco hasta las literaturas *adjetivadas* contemporáneas (feminista, ecologista, queer, etc) pasando, inevitablemente, por la literatura *engagée*, tan conspicuamente cultivada en el siglo XX. Tanto la *República* platónica como el creacionismo de Huidobro, las alegorías moralistas de un Calderón falazmente trágico como el episodio de la biblioteca quijotiana, las farsas brechtianas como la poesía social de un Celaya, acaban siendo para Maestro víctimas del reduccionismo que supone su subordinación a propósitos extraliterarios, sean estos de índole colectiva o individual. La literatura “sofisticada o reinterpretativa”, por último, engloba “tipos irracionales de conocimiento y modos críticos de raciocinio” (p. 433) y, en un alarde formalista, recupera componentes arcaicos revistiéndolos retóricamente, haciendo primar lo sensible sobre lo inteligible y el sentimiento sobre la crítica. Esta modalidad incluye a cierto Aleixandre, la etapa decadentista de Juan Ramón, la faceta cómica de Rabelais y la actividad metateatral de Shakespeare y Cervantes.

Evidentemente, el cataclismo que supuso el romanticismo está en la base de una corriente que, deudora inexorable de la Ilustración, origina una “deturpación irracionalista” que llega al posmodernismo y a su “relativismo gnoseológico absoluto” (p. 502). Lo que para otras posturas interpretativas constituye la gran modernidad literaria adolece para Maestro de una actitud regresiva: Novalis, Foscolo, Shelley, Keats y el conde de Lautréamont personifican oscilaciones de una misma renuncia al poder racional humano. A ellos se unen Baudelaire, Mallarmé, Pirandello, Cortázar, Borges, Rilke, Lorca, Beckett o Pessoa, entre otros: la nómina de la página 505 reúne a lo más granado de los últimos dos siglos.

El segundo bloque, mucho menos extenso, lleva por título “Ontología y Gnoseología. Construcción histórica y categorial de los materiales literarios” y en ella se repasa la expansión material y simbólica de la literatura: por una parte, se explica su paso de la oralidad a la escritura y a los nuevos soportes y, por otra, se contempla su extensión a los circuitos sociales de poder y su progresiva institucionalización. Después de localizar el nacimiento de la Literatura en la civilización occidental, desde donde se exportó al resto del mundo, Maestro se detiene en el examen de los cuatro elementos básicos que la componen (y sin los que cualquier aproximación crítica o teórica resultará necesariamente incompleta): el autor, afortunadamente recuperado después de los asesinatos posestructuralistas; el lector, irreducible a una entidad meramente psicológica; el intérprete, considerado imprescindible y, por supuesto, el texto, cuya materialidad implica al lenguaje pero también a las ideas y contenidos expresadas.

Este entendimiento amplio de lo literario ampara la acerba crítica que se realiza en el tercer bloque y que tiene como blanco tanto la corriente crítica posmoderna como el estado de la universidad española. Con la expresión “biocenosis literaria” alude Maestro a la pérdida de la especificidad literaria en el magma genérico de lo cultural, y con “necrosis académica” describe “la disolución científica y descomposición institucional de los sistemas universitarios” (p. 636). Emprende en este punto una diatriba literal contra los males que aquejan a nuestra academia, tanto contra aquellos endémicos como contra otros sobrevenidos, como el actual sistema de evaluación investigadora. Sin duda le asiste la razón en muchas de sus argumentaciones sobre unas fórmulas que pretenden embutir el pensamiento humanístico en los ritmos y reglas de

las ciencias experimentales, pero uno no puede dejar de interrogarse acerca de su pertinencia, pues imprimen un sesgo un tanto circunstancial a un volumen programático que aspira a un recorrido y vigencia dilatados.

El volumen persigue -y consigue- una meta de largo alcance: formular una teoría no inmanente del hecho y de la historia literarios, que se construye en confrontación directa con los excesos derivados del protagonismo del texto y el lenguaje preconizado por una vertiente esencial de la teoría literaria desde finales del XIX. Y lo hace al modo exhaustivo y prolijo de los grandes sistemas filosóficos clásicos: ello explica la profusión de esquemas, cuadros sinópticos, taxonomías y nomenclaturas específicas que, con base en el pensamiento de Bueno, pueblan el discurso y, en ocasiones, dificultan la recepción. Otra cualidad del libro es su apoyo constante en obras y autores determinados, que testifican el conocimiento extenso e intenso del autor de tradiciones críticas y literarias de lo más diversas. Sus páginas rezuman erudición y ofrecen un amplio abanico de textos sólidos y atractivos, con cuya lectura se nos deleita. Algunos de sus cotejos textuales parecen contener una reivindicación implícita de la tradición hispánica: la identificación de Shakespeare con todo lo humano que hace Bloom late en el encomio que Maestro realiza de Cervantes, en el que, dice, está comprendido “el genoma de la literatura” (p. 480).

Como todas las posiciones *fuertes*, la de Maestro aúna la valentía y el riesgo. Su axioma de partida -la equiparación, con consecuencias axiológicas, de literatura y razón frente a la condición regresiva de los mitos- despierta la sospecha de si no estará convirtiendo la propia capacidad racional humana en otra suerte de mito, tal y como plantearon Adorno y Horkheimer en su crítica clásica de la Ilustración. Ciertas valoraciones derivadas de la aplicación de ese principio también son susceptibles de una óptica más matizada: la connotación displicente con que se explica el surrealismo como una producción extremadamente elaborada de la razón quizás debería ser reemplazada por una admiración hacia este movimiento, justo por el malabarismo que, según esta misma lectura, la razón opera y logra. Surge además otra desventaja clave: la de deslucir valorativamente la producción más sugestiva y brillante de la modernidad, como puede ser la de Rilke, Kafka o Lorca, bajo la etiqueta de regresiva, acrítica o irracional. Quizás estas fisuras son inevitables en toda vocación sistematizadora, y sin duda no son óbice

para encarecer el valor de la propuesta sisifiana de Maestro. Además de la admiración profunda que genera su extraordinaria voracidad intelectual, el libro posee el indiscutible valor de conformar un sistema conceptual y analítico sólido y coherente alrededor de aquello que llamamos Literatura.